



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

**No todo el mundo entiende de arte**

**David R. Méndez Hernández**



**SEGUNDO PREMIO 2018**

# No todo el mundo entiende de arte

David R. Méndez Hernández

Es lógico y comprensible que cuando una persona se somete a las inamovibles rutinas carcelarias consiga hacer que se desprenda de casi toda su humanidad. La capacidad de tomar decisiones es de las primeras cosas que desaparece. Al tener toda tu vida impuesta durante los siguientes veinte años que durará la condena, hasta la más férrea de las voluntades cae arrodillada. La autoestima es la siguiente en venirse abajo. Cuando todos te tratan como basura, solo es cuestión de tiempo que tú también empieces a creer que lo eres. Las emociones se van apagando una a una, a medida que los días caen como ladrillos sobre tu espalda, provocando que te transformes en poco más que un cadáver andante. Sin embargo, es curioso como, desde la miseria más grande que puede vivir una persona, también puede ser capaz de expresarse de una de las maneras más humanas, a través del arte.

Será por las infinitas opciones que ofrecen los colores en el lienzo. Será porque da una oportunidad de evadirse y volver a vivir durante un rato. Sea lo que sea, identificarlo es para los teóricos, yo siempre he sido más de ejercer la práctica.

Me encontraba mezclando rojos claros como la sangre cuando la campana sonó sin clemencia anunciando el final de la clase, y con ella la poca libertad que me quedaba. Un guardia me retiró los dos pinceles que tenía permitidos y sin ningún cuidado guardó mi lienzo junto a los demás bocabajo formando una pila. Sin duda los colores se resentirían por aquella falta de cuidados.

Cené y volví a mi celda sin intercambiar palabra con nadie como todas las noches. Cuando me encontraba en la cama intentando coger el sueño, uno de los guardias abrió de súbito la puerta y señaló a alguien el interior de la misma. Una pequeña e insignificante sombra entró con unas pocas pertenencias en los brazos. La puerta volvió a cerrarse con violencia.

—Hola... Hola mi nombre es...

—Me da igual cómo te llames —respondí cortante—. Esta es mi cama. Esa es la tuya. La parte superior del armario también es mía. No hagas ruido, quiero dormir.

Volví a concentrarme en mis pensamientos, pero pocos segundos después un entrecortado sollozo se hizo demasiado presente en la celda como para ignorarlo. La primera noche es dura, no es la más dura pero sí de las que más. Si no lograba calmar un poco la situación no me dejaría dormir. Me dejé llevar por la poca empatía que aún me quedaba y con los ojos en blanco dije:

—Vamos a pasar mucho tiempo aquí ¿Quieres que te cuente mi historia?

Me miró con un gesto extraño, desconfiado me atrevería a decir. No me llegó a responder, pero yo empecé mi relato de todas formas.

---

Era el primer día del curso. La universidad estaba a rebotar de alumnos perdidos, pidiendo consejo a los pocos veteranos que se dejaban ver los primeros días, esos en los que los profesores hacen las presentaciones de sus asignaturas. En una de las aulas del edificio, Justo, uno de los profesores más antiguos en la Facultad de Bellas Artes, sabía de la poca afición de los alumnos por esos días de clase, por lo que intentaba hacer que todo fuera un poco más ameno infundiendo algo de inspiración en sus estudiantes. Algo que sin duda necesitarían para aprobar su asignatura. En el otro lado de la situación, Margo se encontraba con hambre de sabiduría plantada delante de su lienzo, aguantando las ganas de empezar a plasmar algo en él. Justo hablaba con tranquilidad mientras daba un paseo por delante de todas las miradas.

—Lo complicado de dibujar no es la técnica. No es la ejecución, o la mezcla cromática. Como en cualquier otra disciplina artística, lo más importante es la idea. Y el problema de las ideas es que son abstractas. No son objetos que podamos representar con precisión. Es por ello...

Justo continuaba hablando mientras giraba poéticamente su mano en el aire. Margo se preguntó si aquella asignatura sería difícil. Miró a su alrededor para observar a sus compañeros. La mayoría eran de primer curso. Que hubiera pocos repetidores siempre era una buena noticia para los alumnos.

—Veamos, si yo pido que me dibujes algo que exprese un sentimiento de justicia ¿qué dibujarías?

Margo volvió a la realidad y se sorprendió siendo el foco de todas las miradas.

—¡Ahm! ¿Yo? Ehm... Me gusta el impresionismo. Intentaría elegir colores brillantes que...

—¿Impresionismo? A mí sí que me acabas de impresionar tú —la interrumpió con ironía.

La clase rio a carcajadas. Margo no entendió la gracia.

—¿Perdón? ¿No puedo acaso usar el impresionismo para intentar pintar...?

—Usted, señorita —dijo enfatizando—, puede intentar pintar lo que quiera. Pero si le pido que exprese la idea de justicia, y usted me trae una versión porno-impresionista de lustitia, no me venga luego a preguntar por qué la he suspendido.

Rieron una vez más. No sabía si más fuertemente que antes o era impresión suya por la vergüenza de ser el centro de atención. Margo agachó la cabeza.

—Señores pónganse las pilas porque la universidad no es un paseo. —Justo rodeó a Margo observándola despacio—. Y tampoco es una pasarela de moda para que vengan con esos tacones como vienen algunas. Les pido seriedad y que acudan a clase con respeto y decoro.

Un silencio incómodo se formó en la sala. Parecía que todos esperaban que alguno de los dos retomara la palabra. Por suerte para Margo una alarma perdida entre los alumnos interrumpió la tensión indicando la hora de finalización de la clase. El profesor dio por terminada la sesión y salió por la puerta a paso lento y silbando alegremente como si nada hubiera pasado.

—¿Viste lo que me dijo? —preguntó Margo a un compañero que recogía sus cosas con prisa.

—¿Y tú para qué le respondes? ¿No te han dicho que Justo está medio loco?

—¡Si no le dije nada!

—Te pusiste medio chula con ese «¿Perdón?» —dijo con retintín—. Deberías intentar llevarte bien con los profesores. Si Justo te pone entre ceja y ceja lo vas a tener complicado para superar su asignatura. Margo fue a responderle, pero salió corriendo a otra clase dejándola allí plantada, sola y con un sentimiento de indefensión nuevo para ella.

A partir de entonces Margo lo tuvo claro. No quería que aquello se volviera a repetir por lo que abandonó la primera fila de la clase por una posición más invisible entre la multitud, y por supuesto, no más tacones. Un sacrificio que estaba dispuesta a realizar por el bien de aprobar.

Esquivó lo suficiente la atención como para llegar sin incidentes a los primeros exámenes. El examen de la asignatura de Justo consistía en una obra libre. Margo salió confiada de haber realizado un buen trabajo, por eso se sorprendió cuando en el recuadro que debía ir su nota, su profesor había puesto un enigmático asterisco que conducía a una frase a pie de página que ponía «pasar por tutoría». Nerviosa como no podía ser de otra manera, eso hizo.

—Tienes un cuatro. Estás suspendida —dijo Justo con simpleza sentado en su despacho.

El corazón de Margo le dio un vuelco y los nervios le invadieron la garganta. Se consideraba buena estudiante. No entendía qué había ido mal. Empezó a parpadear como síntoma previo a soltar alguna lágrima, pero se concentró en respirar profundamente para evitarlo.

—Respóndeme una cosa ¿Tú crees que entiendes de arte?

—Pues... —Margo eligió sus palabras cuidadosamente—. No sé si entiendo o no, pero me gustaría entender. —«Intenta llevarte bien con él» repitió para sus adentros—. A mí me gusta mucho su asignatura y...

De pronto Margo notó una mano en su hombro. Levantó la cabeza con un sobresalto para encontrarse a Justo, que había cruzado la mesa para acucillarse a su lado. Demasiado cerca.

—Tranquila —dijo con voz calmada agarrando su mano suavemente—. Voy a proponerte una cosa. Ven a tutoría después de clase y te daré algunas lecciones extra. Así podremos averiguar si realmente tienes madera para dedicarte al arte. Yo creo firmemente que sí, pero si resulta que no, no te preocupes. No todo el mundo entiende de arte.

Margo tragó saliva costosamente y meneó la cabeza asintiendo despacio. Una lágrima le cayó por la mejilla, pero un sonriente Justo se la secó con una apacible sonrisa.

La actitud de Justo mejoró tras aquel trato. Seguía siendo cortante y dejando en ridículo a otros, pero parecía que ella finalmente le había caído en gracia e incluso elogiaba su trabajo delante del resto de compañeros. Asistió a sus tutorías después de clase como le había indicado y notaba mucho su mejora con el pincel, lo que se tradujo en un aumento sustancial en sus calificaciones. Finalmente parecía que le estaba cogiendo el truco a la asignatura, hasta que en una ocasión...

—Hoy tengo prisa, por lo que haremos la tutoría en mi casa.

—Yo... —Margo pensó dos veces antes de responder. Era difícil negarle algo a Justo—. He quedado en un rato. Podemos posponer la tutoría si no le impor...

—Si no tienes una hora para dedicarle a esta asignatura, no hace falta que sigas viniendo más a clase. Margo, ojiplática por la contestación, notó como un temblor recorría su espalda. ¿Le diría eso a todos sus alumnos? ¿O solo la presionaba para que mejorara? Al final acabó asintiendo levemente y dejándose llevar por la voluntad del profesor una vez más.

—Monta el caballete y ponte cómoda. Haremos la tutoría en el salón.

Cruzaron el umbral de la casa con paso tímido. Una gran cantidad de cuadros un tanto atípicos decoraban el amplio salón. Todos lucían en su parte inferior la elegante firma del profesor. A un lado, Margo instaló el caballete mientras Justo traía algo de beber de una puerta que probablemente daba a la cocina.

—Me gusta tomar algo de vino cuando llego a casa. Aquí lo dejo por si quieres un poco tú también. — Con el vaso en la mano se colocó a su espalda—. Puedes empezar.

Margo empezó a retocar el cuadro en el que trabajaba. Sentía la mirada de su profesor a su espalda juzgando su obra. Ello le provocaba una inseguridad tal que temía que su técnica empeorara por su nerviosismo. Su incomodidad podía notarse en los pequeños espasmos de la mano en la que sujetaba el pincel. La mano de su profesor la agarró con firmeza y cerca del oído dijo lentamente.

—Estás nerviosa. Fluye tranquilamente. —Mientras guiaba sus pinceladas a través del lienzo.

Margo lo intentaba mirar de reojo, pero su campo de visión no llegaba y no quería descentrarse de su trabajo. De pronto su profesor la paró y le dio la vuelta para encararla. Sus cabezas estaban a menos de un palmo de distancia. Margo agachó la mirada. La situación estaba tomando un curso peligroso, pero ella no sabía bien cómo reaccionar.

—El problema de tu trabajo es que no tiene sentimiento. Para transmitir sentimiento a una obra, primero hay que tener el sentimiento que se quiere transmitir. ¿Tú tienes sentimiento que transmitir?

Justo la agarró por la barbilla y levantó su cabeza para poder clavar su mirada en la suya.

—Sí... —fue lo único que pudo responder presa del nerviosismo.

—Demuéstramelo —dijo antes de besarla.

Su mano fue bajando lentamente por su cintura.

Media hora después. Salía temblando y con paso acelerado de la casa de Justo repitiéndose para sí misma, una y otra vez, que aquello había sido un error que debía terminar de inmediato.

Dejó de ir a sus tutorías y cortó la comunicación todo lo que pudo con Justo, pero era complicado evitar a un profesor de una asignatura en la que la asistencia era obligatoria. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad intentó mantener la compostura durante las clases. Apenas quedaban dos meses hasta final de curso, y con suerte no lo vería nunca más durante el resto de la carrera.

Pero los planes nunca salen como uno quiere, y las cosas cambiaron, como no podían ser de otra manera, a peor. Fueron los detalles los que le indicaron este cambio. El resto de alumnos eran más serios con ella, le lanzaban miradas esquivas, las risitas se detenían cuando ella intervenía en un grupo. Empezó a preguntarse si la gente sospechaba algo o todo era fruto de una paranoia suya. No había contado a nadie qué había sucedido en casa de Justo, y dudaba que él lo hubiera hecho. No sería bueno para un profesor que se supiera algo como aquello.

La gota que colmó el vaso llegó un día de clase como cualquier otro.

Estaban dibujando una herramienta, un ejercicio común para aprender a dibujar formas, cuando tuvo que abandonar la clase para ir al baño. Al volver, la llave inglesa que ella había traído como modelo de referencia había desaparecido. En su lugar, alguien había colocado unas rodilleras.

Al principio quedó confusa, hasta que la gente empezó a mirarla y a reírse disimuladamente. Entonces lo entendió. Las rodilleras... las tutorías... la única que había tenido un asterisco en vez de un número como nota había sido ella. Lo sabían. Lo sabían o lo intuían, que era suficiente como para que Margo empezara a morir de la vergüenza. No supo cómo actuar. No podía soportar las miradas y los

comentarios burlones que sus compañeros le dedicaban. Con prisas, empezó a recoger para abandonar la clase, cuando una mano la detuvo agarrándola con fuerza. No era la primera vez que aquella mano la agarraba así.

—No te está quedando muy parecido —dijo Justo haciendo obvia la diferencia entre el dibujo de Margo y las rodilleras presentes.

Margo calló tirando de su mano para liberarse, pero el agarre de Justo era firme. Tiró más y más hasta que Justo le permitió librarse de su agarre de golpe, casi cayendo al suelo.

—¡Tranquila! Te han hecho la broma de las rodilleras. Un clásico. Ya averiguaré quién ha sido el gracioso. Pero primero, deberías replantearte por qué lo han hecho ¿no? —Miró a Margo durante unos segundos que parecieron horas para ella. La clase estaba detenida, concentrada en lo que decía el profesor—. ¿Qué dije yo a principio de curso? Que había que venir a clase bien vestida. Que esto es una universidad, no un prostíbulo. Que aquí no se viene ni a ligar —dijo señalando a Margo—, ni a enseñar carne —le dio unos toquitos con el dedo en la cintura—. Aquí se viene a estudiar. No pode...

Sin esperar más, Margo dejó atrás sus materiales de dibujo y salió corriendo por la puerta. La cabeza le dolía y no paraba de autocastigarse repitiéndose una y otra vez que había sido una estúpida. Llegó a uno de los lavabos y se encerró dentro. Lloró tanto que olvidó cuánto tiempo pasó allí. Había cruzado un límite que nunca pensó que cruzaría, y temía haberse adentrado demasiado en aquella situación como para no poder dar marcha atrás, como para que las circunstancias la empujaran a una zona donde la estigmatizaran de por vida. Como una cualquiera, como una guarra. Se sentía sucia.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su autoflagelación. Al abrirla, la última persona que esperaba y quería ver allí, se encontraba de pie en frente de ella.

—¿Te parecerá bonito salir corriendo de esa manera de clase?

Margo quedó paralizada sin habla. Justo cerró la puerta tras de él.

A partir de este punto surgen dos versiones de la historia. Margo defendía que Justo la mantuvo encerrada en el servicio y que abusó de ella, que ella nunca dio motivos para que su profesor pensara que consentía ninguna de las relaciones sexuales que sucedieron entre ambos. Margo consideraba que Justo había hecho uso de su autoridad para manipularla desde el principio para violarla.

Justo se defendió argumentando que su interés en Margo era únicamente profesional al principio, que poco a poco fue acercándose a ella, y que nunca recibió ningún motivo para pensar que las relaciones que mantuvieron no fueran consentidas.



Por desgracia, nadie vio a Justo entrar en aquel lavabo, ni lo que sucedió dentro del mismo, y no hubo testigos que pudieran aportar un testimonio definitivo en el juicio que se llevó a cabo cuando Margo denunció a Justo por abuso sexual y violación. Sin embargo, varios alumnos declararon sobre el trato abusivo y machista al que Justo sometía a muchas de sus alumnas. Algunas de ellas incluso comentaron que tuvieron experiencias en las que el profesor se les insinuaba sexualmente, o intentaba hacer uso de su posición de poder para influir en su vida más allá de la universidad. Teniendo toda aquella información en cuenta, el juez encargado de dictaminar sentencia no tuvo más remedio que...

---

Los barrotes de la celda fueron golpeados con fuerza por una de las porras de los guardias.

—¡No es hora para estar hablando! ¡Se han apagado las luces! ¡A dormir! ¡YA!

Miré cómo la única persona que hacía de público se encontraba totalmente absorta por la historia que le había contado. «Demasiado inocente para este agujero» pensé.

—Es mejor que intentes dormir algo. Mañana vas a tener un día duro —dije con tono desganado arropándome y dándome la vuelta.

Al día siguiente me levanté y volví a la rutina. Pasé todo el día pensando en cómo terminar el cuadro que había dejado ayer a mitad. Cuando por fin llegó la hora que se nos permitía pintar, cogí mis dos pinceles, mi lienzo y me coloqué en mi sitio de siempre junto a la ventana con barrotes.

Comencé con los rojos cuando me sorprendí con compañía a mi lado.

—¡Hola!

—¿Qué hay? ¿Cómo ha ido tu primer día?

—Bien... bien... No he tenido que partirle la cara a la más grande de la prisión para hacerme respetar por lo que... mejor de lo que esperaba. —Y dibujó una sonrisa con sus labios.

—Eso está bien —dije asintiendo.

—Tu historia de ayer... Me convenció para intentarlo con la pintura.

—Esa no es la conclusión que yo hubiera sacado de mi historia, pero tomas la decisión correcta. Ponte aquí a mi lado. Te enseñaré.

Fue a por un lienzo del montón y lo dispuso en el caballete. Empezó a dar pinceladas sin demasiado sentido por aquí y por allá. A los pocos segundos dijo:

—Nunca terminaste de contar cuál fue la sentencia del juez.

—¿No es evidente? Nadie presentó pruebas sólidas contra él. Lo declararon inocente y se fue a su casa con una palmadita en la espalda.

Un pequeño silencio más tarde volvió a preguntar.

—Y entonces... ¿cómo acabó una chica como tú en prisión?

Dejé mis pinceles y la paleta a un lado. Giré el caballete para mostrárselo a mi compañera de celda. Pasaría con ella muchos años, no había motivos para no sincerarse. Sus ojos se abrieron anonadados por la imagen de mi cuadro. Me miró extrañada buscando una explicación.

—Es curioso cómo ese cabrón me jodió la vida, luego yo jodí la suya, y tras pasar por toda esa horrible experiencia, me sirve de inspiración para dibujar lo mejor que he dibujado en la vida. —Miré mi cuadro y de nuevo a ella con aire dubitativo—. Respóndeme a una pregunta ¿Tú crees que toda esta sangre te inspira justicia?

Mi compañera no respondió. Quizá mi estilo era demasiado impactante para ella. Bueno, si algo había aprendido de mi difunto profesor, era que no todo el mundo entiende de arte.